

## Un libro de poesía de Josep Pla: *Les Hores*

*Les Hores* (1953) de Josep Pla, relegado por lo común en un capítulo aparte junto con otros dos libros de título temporal (*Els mesos*, *Els moments*), ha sido objeto de escasa consideración por parte de los críticos. De él ha merecido alguna atención el concepto de tiempo dilucidado en el prefacio, pero la tendencia ha sido abocar indiscriminadamente su contenido en esa suerte de *continuum* indiferenciado que constituye su obra completa.

Sin embargo, aun tratándose de una colección de artículos periodísticos escritos en fechas dispares, sucesivamente retocada y ampliada, ese texto constituye una entidad autónoma y unitaria con características propias. El mismo Pla lo distingue del resto de su producción por su carácter poético y por considerarlo fruto de un ameno e intrascendente entretenimiento. Un libro, pues, que nace con la intención de ser poesía, género aparentemente no cultivado por el autor, y que se ofrece como resultado de un *dolce far niente*, de un ocio creativo que se revelará al cabo como la más elevada actividad del espíritu.

*Les Hores*, como los restantes libros de Pla, pretende impartir una enseñanza. Me parece que se ha prestado escasa atención al espíritu pedagógico que informa toda la producción planiana. Puestos a buscar antecedentes, como se ha hecho tan frecuentemente con su obra, creo que es posible hallar el precedente inmediato de la actitud intelectual y moral de Pla en el espíritu divulgador y educativo del siglo dieciocho. La insistente centralidad del yo narrador-biográfico marca por supuesto la prioridad otorgada al punto de vista del hablante en detrimento de un discurso impersonal y objetivo. Pero ello no significa que Pla conceda a su visión de las cosas y a sus opiniones una importancia excesiva ni que las considere superiores a otras muchas posibles. Sus declaraciones acerca de la absoluta irrelevancia de sus juicios no deben entenderse como figura retórica de falsa modestia. Pla manifiesta sus gustos y opiniones con tajante firmeza no para que el lector acate sin más sus veredictos, sino para inducirle a ver y juzgar por sí mismo. Como en el siglo de las Luces, el autor-guía, a diferencia del aborrecido maestro escolar y escolástico, portador de certezas abstractas a menudo irreales, casi siempre

muertas, se limita a desplegar ante la vista del lector el mundo cognoscible y el saber adquirido para que aprenda a observarlos a la luz de la razón (sentido común). La misma aspiración de Pla a la inteligibilidad, antes de responder a una exigencia estética, obedece al requisito de la *perspicuidad* prescrito por el didactismo, y por la estética, dieciochistas. Ni desdeña aquellos recursos, acaso discutibles desde el punto de vista estrictamente literario, que redundan en beneficio de la eficacia pedagógica: el diálogo propiamente mayéutico con un supuesto interlocutor, la variedad de temas y enfoques, la digresión culta o anecdótica, la reiteración, la explicación esquemática sin duda reductiva pero clara y práctica, y la utilización de un saber declaradamente de segunda mano que se inserta en el texto en forma de cita y con el cual el lector debería aprender a manejar y a elaborar críticamente las informaciones culturales a su alcance.

Tal es el primer objetivo didáctico de *Les Hores*: fomentar la curiosidad y enseñar a observar el mundo con espíritu crítico a fin de adquirir ideas propias fundadas en la experiencia y constatación personales, con las cuales defenderse de los lugares comunes, de los convencionalismos y falsedades del saber codificado, de la propaganda y de la manipulación sistemáticas ejercitadas por el poder; eso es, para hacer frente, mediante una cultura auténtica, a la cultura establecida, masificada y consumista, que es el *mito* feijooniano de nuestros días. En última instancia, para defender la libertad personal ante la amenaza de absorción y aborregamiento, fomentado por unos intereses políticos y económicos que necesitan, para su supervivencia, de la uniformidad y nivelación colectivas.

Materia del libro, dice Pla, es el paso del tiempo, es «recordar les horas de la vida» (418)<sup>1</sup>. Este aserto, junto con la presencia de algún que otro recuerdo personal surgido en concomitancia con una percepción sensorial, o de afirmaciones del tipo «el que suscita amb més vivacitat un record perdut es una melodia o un perfum» (355), han inducido a los críticos más doctos a establecer conexiones a mi ver gratuitas con la teoría bergsoniana de la *duración o tiempo de la conciencia* y aun con la *Recherche* de Proust.

En realidad, Pla se limita a hablar de un tiempo eterno, el *Temps*, que es el tiempo circular, sagrado, de la naturaleza, y del tiempo de la vida humana, que es la mera sensación personal, causada sin duda por la experiencia vital de la propia decadencia, de que los momentos presentes se suceden y disponen en forma lineal y progresiva. Este vivir el tiempo como desgaste y muerte, hace que el hombre sienta dicha sucesión de presentes como vacuidad y tedio. Para paliar ese malestar existencial inherente a la condición humana, Pla se abandona, e invita a abandonar-

<sup>1</sup> Cito de la edición de la Obra completa, vol. 20, Barcelona, Edicions Destino, 1971.

se al lector, a la aparentemente inútil actividad de «matar el tiempo» (matar la angustia de la muerte) mediante la contemplación activa de una plenitud compacta sin conciencia de tiempo: el Tiempo de la naturaleza.

Paradójicamente contemplar esta plenitud desde el umbral humano de la muerte, eso es, desde el punto de vista de la fugacidad, es lo que convierte el espectáculo de la naturaleza, de por sí ajeno e indiferente a la belleza (simple categoría del espíritu), en placer estético. «Ha estat una delícia passar els ulls sobre aquests colors suaus pensant en la seva fugacitat» (441). La belleza de lo presente estriba en la conciencia de que pronto será pasado. Siendo el hombre un animal melancólico, sensible al tedio, es también un animal estético. Sin ese sentimiento angustioso del tiempo acaso no existiría siquiera el concepto de lo bello.

La lentitud con que se suceden en el libro los acontecimientos naturales y humanos descritos, la morosidad de las descripciones, en las que el lector impaciente buscaría en vano que «pase» algo, son una incitación a *detenerse*, a abrir una pausa en la vida para dedicarla a la contemplación estética de la naturaleza como antídoto a la fruición desatenta y al gozo insensible inducidos por la sociedad consumista de nuestros días. Esta invitación al disfrute contemplativo constituye el segundo objetivo didáctico de *Les Hores*. Eternizar el instante fugaz a través de la delectación estética de la naturaleza es un modo de volver a ella y, muy rousseauianamente, de superar la enajenación humana inducida por una cultura que insta de continuo a alejarse de ella: «¿De que quedaré desconectat si tinc el cel, la terra, el mar, davant de la vista?» (458). Un modo pues de combatir el tedio y de fomentar la predisposición del ánimo hacia la felicidad, o hacia la sensación de felicidad, que también muy dieciochesca-mente Pla concibe como *serenidad* y coloca como objetivo ético del ser humano.

Por lo demás, las reflexiones sobre el tiempo presentes especialmente en el prefacio, replantea, o simplemente recuerda, el nexo entre pensamiento y tiempo, ya formulado por Aristóteles en su *Física*; concepto que, como es sabido, permanece constante en la filosofía de Occidente. El hombre proyecta su sentimiento del tiempo, percibido como sucesión, sobre el eterno devenir de la naturaleza. El tiempo (el *número* aristotélico) no es una realidad objetiva sino una cualidad del alma: es el principio mismo del yo = yo, de la pura autoconciencia, afirma todavía Hegel. Extendiendo ese concepto a todo el saber humano, Pla deja sentado el principio que determina la estructura del libro: la contemplación de la naturaleza es inseparable de los esquemas o construcciones mentales que el hombre proyecta sobre la realidad del mundo. Pese a los tan encomiados realismo y racionalismo planianos, el hecho es que Pla se aleja de la concepción racionalista, que ve lo real como algo asimilable a las categorías cognoscitivas de la razón, en favor de una concepción psicológi-

ca, o psicoanalítica, que reduce la imagen que el hombre se construye del mundo a imagen interior subjetiva, pues «cualquier acto perceptivo informa la cosa observada de la cualidad afectiva del ojo que la contempla» (Jung).

El hombre «humaniza» la naturaleza proyectando su humanidad sobre la realidad objetiva. De este modo pone un orden racional y abstracto en un mundo monstruoso, caótico, irracional, esquivo e incomprensible. Consciente de que el mundo es distinto de sí mismo e indiferente a su presencia, el hombre, *proyectando formas* sobre lo informe, convierte el mundo en algo familiar y comprensible, aplacando así de algún modo el sentido angustioso de la propia radical extrañedad.

Sucede lo propio en la contemplación estética de la naturaleza. Pla concibe esta última como un organismo que vive su vida propia en virtud de un principio vital inmanente que se explicita en la fecundación y en un juego dialéctico muerte/vida que, no sin ironía, denomina *parasitismo* o *comensalismo* universal. El mundo es un mecanismo que no obedece a ninguna ley necesaria, ni a ningún tipo de finalismo, ni tanto menos a un designio divino. No hay doctrina más falsa y nefasta, sostiene, que el panteísmo. El vitalismo cósmico imaginado por Pla es sostenido por una cadena infinita de elementos que viven y sobreviven devorándose entre sí. La vida de los seres vivos, incluidos obviamente los seres humanos, pasa ineludiblemente por la boca y el aparato digestivo. Para tan elevado fin, la naturaleza ha colocado el placer en el acto sexual y en la ingestión, garantes de la supervivencia. El hombre respeta sólo lo que come, afirma categórico Pla. Del «gusto del paladar» al «gusto estético» el paso es breve. El sentimiento de lo bello no puede no estar impregnado de connotaciones erótico-alimenticias: «La bellesa perfecta [...] és la que conté, al costat d'elements de gratuïtat i de caprici, la meravellosa llum que prové de la seva utilitat concreta. Les roses son belles. Són bellíssimes. Però quina llastima que no siguin comestibles!» (204-5).

La proyección del instinto de conservación alimentario sobre la naturaleza determina la configuración misma del paisaje planiano. Si la visión de la naturaleza estimula, en una suerte de acto reflejo, la sensibilidad gustativa (es frecuente que Pla pase de la descripción de un paisaje a su repentina transposición culinaria), nada tiene de extraño que la mente la asocie a los placeres del paladar, y que lo comestible se constituya en parte configurante de la representación estética (sólo un par de ejemplos para no permanecer demasiado en lo abstracto: «el cel, d'un color de *llet blavissa*»; «la *mel* de les espigues»). No se trata de metáforas, sino de asociaciones mentales que se proyectan de forma automática sobre la realidad contemplada. Por ello Pla casi siempre deja a la vista los nexos asociativos del tipo *que parece, de color de, como, como si*, etc. Que

ello constituya menos una peculiaridad de su estilo que una condición inherente al conocimiento humano lo demuestra el lenguaje. A este respecto, Pla gusta de recordar la expresión francesa «puré de guisantes», comparación lexicalizada con que se designa el color verde de tonalidad pastosa y opaca. El escritor-pintor hace uso constante de expresiones similares, que algunos han apreciado por su belleza y otros han considerado abominables. En cualquier caso, creo que viene de ahí esa gracia húmeda, olorosa y sávida que posee su lengua.

La centralidad otorgada a la alimentación en la vida de ese animal que llamamos hombre determina la importancia que Pla concede al paisaje agrícola. A diferencia del jardín, recreación «inútil» propiamente estética, el «ordre perfecte», geométrico, del campo cultivado, apelando también a la necesidad biológica de la nutrición, origina un placer racional y un placer estético-gustativo (las vides contempladas saben ya a vino, las doradas espigas mecidas por el viento huelen ya a pan recién salido del horno), con efectos saludables para el ánimo humano: «un paisatge prodigiós; ordenat, pacífic; les collites en flor» (196).

Así pues, subordinar la belleza a la utilidad o cuanto menos considerar que «els paisatges més bells són els de rendiment» (469) no significa tan sólo contemplar el mundo desde el punto de vista de la propiedad, como tantas veces se ha repetido. Ese principio estético, que acaso se remonte a Aristóteles («Nunca la verdadera hermosura anda apartada de la utilidad»), indica que admirar la naturaleza y *sentir su belleza* (*áisthesis* = sensación) no implica que ella posea una belleza objetiva, que según Pla no la posee en absoluto, sino que es el hombre quien responde a su fascinación con un instrumento mental y una sensibilidad (el gusto), modelados por sus necesidades vitales y, como veremos ahora mismo, por la cultura: «com a propietari he viscut la natura d'una manera no solament estètica sinó en les repercussions entre natura i productivitat» (486).

La mente humana, en efecto, proyecta sobre el mundo no sólo la propia estructura racional y su sensibilidad estética, sino también los esquemas culturales que ha ido depositando en ella la propia civilización y cultura. Este concepto fundamental determina la estructura de *Les Hores* y la configuración del paisaje natural y humano que ocupa gran parte de sus páginas. Contra lo que ha solido afirmarse, el libro no sigue el flujo informe de la memoria, consciente o inconsciente, sino la rígida estructura del calendario, y del calendario gregoriano en particular, elaborado a su vez sobre el esquema científico de los equinoccios y solsticios con que el hombre ha racionalizado el mecanismo irracional de la naturaleza. Pla no se deja tentar por el *como si* de una visión falsamente primitiva e ingenua al que ha recurrido con frecuencia el arte contemporáneo. Escribe en «Solstici d'hivern»: «La convenció escolar obliga a suposar que el sol esta quiet i que la terra es mou al seu voltant. Pero sembla al revés i